

## TEXTOS DEL BOSC CONCURS ART LA INDUSTRIAL

Los chasquidos y parloteos interrumpen el silencio catedralicio. El aire es de un verde tan crepuscular que parece estar bajo el agua. Lluven partículas: nubes de esporas, telarañas rotas y descamaciones de mamíferos, esqueletos de ácaros, fragmentos de excrementos de insectos y plumas de ave... Todos los seres se alzan por encima de los demás en busca de retazos de luz. Si permaneciera quieta el tiempo suficiente las enredaderas la invadirían. Camina en silencio, aplastando diez mil invertebrados con cada paso, atenta a las huellas en un lugar donde al menos una de las lenguas indígenas utiliza la misma palabra para referirse a “huella” y “compresión”. La tierra cede bajo sus pies como un colchón deshecho.

Una cresta despejada la conduce hacia otra hondonada. Agita su palo cantor, y la temperatura cae en picado como si atravesara una cortina térmica. El dosel es un colador que motea de sol las superficies plagadas de escarabajos. Por cada gran tronco, hay varios cientos de plantones en el suelo. Helechos (...), líquenes y hojas tan pequeñas como granos de arena manchan cada centímetro de los troncos caídos, fríos y húmedos. El musgo es tan denso como un bosque en miniatura.

*El clamor de los bosques* / Richard Powers ; traducció de Teresa Lanero. Alianza editorial, 2019. P.168

El mas també posseïa una tradició menys vulgar: no toquis el bosc, no entris al bosc. *Sobre tot, no entris al bosc.* I com acostuma a passar amb les tradicions, per absurdes que siguin, ningú no en demanava els motius. Les tradicions no es basaven en preguntes, sinó en l'absència de preguntes. (...) el mas no era un mas corrent. S'havia edificat de cara al bosc, *aquell* bosc. Així la façana donava a un mur de pins salvatges, al contrari dels altres masos, abocats a les terres que conreaven.

*El bosc* / Albert Sánchez Piñol. Proa. Pàg. 5.

El bosque les pareció lleno de ruidos. Oía a hojas húmedas y a musgo y el murmullo del agua se escuchaba por doquier. A la entrada del bosque el arroyo formaba un remanso que caía en una pequeña cascada, y el sonido resonaba entre los árboles como en una cueva. En las ramas altas se escuchaba el bullir de los pájaros, que se preparaban para dormir, y la brisa nocturna

agitaba las hojas. Aquí y allá se escuchaba la caída de una rama muerta y los ecos de otros sonidos, siniestros y desconocidos, sonidos de movimiento.

Para los conejos, todo lo desconocido es peligroso. La primera reacción es sobresaltarse, la segunda, escapar. Los sobresaltos eran continuos y finalmente quedaron exhaustos. Pero ¿qué significaban aquellos sonidos y adónde podían correr en aquella espesura?

*La colina de Watership* / Richard Adams. Barcelona: Seix Barral, 1998. Pág. 15.

El bosc del Baztan embuixava, amb una bellesa serena i ancestral que evocava sense buscar-ho la seva part més humana, la més etèria i infantil, aquella que creu en les meravelloses fades amb peus d'ànec que vivien al bosc i que dormien tot el dia i sortien al capvespre a pentinar-se els llargs cabells daurats amb una pinta d'or que concediria a qui la portés qualsevol favor (...) L'Amaia sentia en aquell bosc presències tan palpables que resultava fàcil acceptar una cultura druida, un poder de l'arbre per damunt de l'home, i evocar el temps en què en aquells indrets i a tota la vall la comunió entre sers màgics i humans va ser la religió.

*El guardià invisible* / Dolores Redondo; traducció de Laia Font i Núria Garcia. Barcelona: Columna, 2012. P. 95

En la cumbre de los montes lejanos pareció encenderse una hoguera; casi enseguida creció como si el fuego hubiese prendido en un bosque, pero pronto se vio que era la luna llena, de un pálido color naranja, que asomaba su rostro ancho y sereno, lenta y prudentemente, como si quisiera atisbar con un ojo lo que pasaba antes de lanzarse a hacer por el cielo su ronda de melancolía. Un pino quedó inscrito en negro sobre el disco brillante (...)

El bosque era entonces como un palacio fantástico, de mágica fastuosidad. La luz prodigiosa lo penetraba casi horizontalmente, y mientras quedaba en sombra el follaje, como una desigual techumbre alicatada, los troncos se hacían visibles y aparecían como millares de columnas cuyas sombras paralelas rayaban el suelo. Y en el suelo, la tierra elástica que cedía y se recuperaba bajo los pies, era una alfombra de un solo color. No se veían las hojas muertas, ni ramas podridas ni barro, y hasta el agua turbia que se conservaba en las huellas de los carros se convirtió en lingotes de plata (...)

Los senderos de la fraga quedaron borrados y todo pareció en ella haber cambiado de forma y lugar, desorientadoramente. Diríase que esperaba una visita sobrenatural y que se había metamorfoseado para ella. La tierra permanecía estática y en el corazón de los hombres que se bañaban en aquella luz casi milagrosa nacía la calma y la bondad.

*El bosque animado* / Wenceslao Fernández Flórez. Espasa, 1997. P. 178.